

PREMIO NOBEL DE LITERATURA

Biblioteca Doris Lessing

Doris
Lessing
La grieta



Imaginen una costa escarpada, donde las olas del mar lamen unas rocas antiguas; ahí, tendidas entre el agua y la piedra, yacen unas hembras que nunca han conocido varón. Tienen su propio lenguaje y sus ritos ancestrales, pero viven en un mundo sin tiempo, sin dueño, y es la luna quien las fecunda. Dejemos ahora que una de ellas se aleje de la costa y se adentre en un valle hasta descubrir a unos seres extraños, parecidos a las hembras pero con el pecho liso y un pedazo de carne en forma de blando punzón bailando entre las piernas...

Así es como un patricio romano intenta describir los primeros días de vida en la tierra, una época de la que le han llegado unos pocos testimonios deslavazados. El hombre se pregunta cómo aprendieron a convivir nuestros ancestros e imagina sus primeros encuentros, las peleas, los reproches, el deseo de tocar y penetrar cuerpos nuevos, hasta llegar a ese primer gesto de ternura que nos definió para siempre como seres humanos.

Con delicadeza e ironía, Doris Lessing cuenta cuál fue el origen de esa gran aventura que ahora nos tiene a todos, hombres y mujeres, atados a la vida. Ahí donde la ciencia no llega, el talento de una maestra abre caminos.

«Nadie sabe describir las relaciones humanas con tan asombrosa belleza.»

The Times

Índice de contenido

Cubierta

La grieta

Sobre la autora

En un artículo científico reciente se comentaba que el ancestro humano originario y primordial era probablemente una mujer, y que los varones habían aparecido después, como una especie de ocurrencia cósmica posterior. Me niego a creer que se tratara de un advenimiento apacible. La idea me vino como anillo al dedo, ya que me había estado preguntando si los hombres no constituían un espécimen más reciente en el desarrollo de la humanidad, una variación segunda. Carecen de la solidez de las mujeres, quienes parecen estar dotadas de una armonía natural con el devenir del mundo. Creo que la mayoría de la gente coincidiría en este parecer, incluso aunque resulte difícil acordar una definición. Los hombres, en comparación con las mujeres, son inestables e imprevisibles. ¿Intenta decirnos algo la naturaleza?

El hecho de reflexionar sobre este asunto desencadenó la especulación, y después sobrevino el revoloteo de la imaginación que puede dar lugar al nacimiento de historias. Aquí se presenta una fábula sobre lo que pudo haber sucedido cuando las grietas dieron a luz al primer varón.

El hombre hace, la mujer es.

ROBERT GRAVES

MERCADER:

No sólo viajamos para traficar:
nuestros fogosos corazones son aventados por aires más
ardientes:
por el ardor de conocer aquello que no debe saberse
emprendemos el viaje dorado a Samarkanda.

EL GUÍA DE LA CARAVANA:

¡Abre la puerta, nocturno centinela!

EL CENTINELA:

Adiós, viajeros. Yo abro. ¿Por qué otra tierra
dejáis esta ciudad de tenue luna y gozo?

LOS MERCADERES (*con un grito*):

¡Emprendemos el viaje dorado a Samarkanda!

(La caravana sale por el portal)

EL CENTINELA (*que consuela a las mujeres*):

¿Qué queríais, señoras? Siempre fue de este modo.
Los hombres no son sabios y los mueven curiosos desig-
nios.

UNA MUJER:

Tienen sus propios sueños y en nosotras no piensan.

VOCES DE LA CARAVANA (*que cantan en la distancia*):

¡Emprendemos el viaje dorado hacia Samarkanda!

JAMES ELROY FLECKER

Al acabar el verano, cuando los carros llegan de la hacienda cargados de vino, aceitunas, frutas, se respira un ambiente festivo en la casa y yo me sumo a él. Desde mis ventanas observo atento, como los esclavos de la casa, la llegada de los bueyes al doblar el camino, y aguzo el oído para escuchar el chirrido del carro. Hoy los bueyes tenían los ojos desorbitados y estaban inquietos por la ruidosa congestión de la calzada del oeste. Su blancura se había teñido de bermejo, casi como la túnica del esclavo Marco, y su pelaje estaba cubierto de polvo. Las muchachas, expectantes, salieron corriendo hacia el carro, no sólo por los deliciosos productos que debían colocar de inmediato en la despensa, sino por Marco, que en el último año se ha convertido en un bello joven. Su garganta acumulaba demasiado polvo para permitirle devolver los saludos, y se precipitó al caño de la fuente, agarró el cántaro que había allí y bebió, y bebió, se volcó agua sobre la cabeza, de la que surgió, tras esta libación, un montón de rizos negros, y soltó la vasija descuidadamente sobre las baldosas, donde se hizo añicos. En ese momento, Leola, una muchacha de carácter explosivo, cuya madre compró mi padre durante un viaje a Sicilia, se abalanzó sobre Marco lanzándole reproches y acusaciones. Él le replicó a su vez, defendiéndose a gritos. Los demás sirvientes estaban descargando ya las tinajas de vino y aceite y el fruto de la vendimia, negro y dorado, lo que componía una escena concurrida y bulliciosa. Los bueyes comenzaron a mugir y entonces Leola, con aire de ostentosa impaciencia, tomó otro cántaro, lo sumergió en el agua y corrió hacia los bueyes para llenar los pilones del abrevadero, que esta-

ban casi vacíos. Era responsabilidad de Marco asegurarse de que los bueyes tuvieran agua tan pronto como llegaran. Agacharon sus enormes cabezas y bebieron, mientras Leola se volvía de nuevo contra Marco, regañándolo con aspecto enojado. Marco era hijo de un sirviente de la casa de la hacienda, y Leola y él se conocían de toda la vida. A veces había trabajado aquí, en nuestra casa de la ciudad, y a veces ella había ido a pasar el verano a la casa de la hacienda. Leola era conocida por su genio, y si Marco no hubiera estado sofocado y sediento después del largo y pesado viaje, probablemente se habría reído de ella y habría calmado su arrebatado de impaciencia. Pero ya no eran niños: bastaba con verlos juntos para percatarse de que el enfado de ella y la hosquedad de él no eran tan sólo el resultado de una tarde calurosa.

Marco se acercó a los bueyes, evitando el derrote de los enormes cuernos, y empezó a calmarlos. Los desunizó y los condujo a la sombra de la gran higuera, donde colgó las cinchas de una rama. Por alguna razón, la ternura de Marco para con los bueyes irritó todavía más a Leola. Se quedó quieta, mirando, mientras las otras muchachas pasaban delante de ella trajinando los productos del carro, y sus mejillas estaban de color escarlata y sus ojos acusaban y reprobaban al muchacho. Marco no le hizo caso alguno. Caminó frente a ella como si no estuviera allí, hasta la terraza, donde cogió una túnica de su fardo y, después de sacarse la que llevaba puesta, polvorienta, se roció con agua otra vez y, sin secarse —el calor lo haría en un momento— se puso la ropa limpia.

Leola parecía ahora más tranquila. Apoyaba la mano en la pared de la terraza, y parecía arrepentida, o a punto de estarlo. De nuevo Marco hizo caso omiso de ella, pero se quedó al fondo de la terraza, mirando fijamente a los bueyes, sus bultos. «Marco...», dijo Leola con su tono de voz habitual, y él se encogió de hombros, despreciándola. En ese momento la última de las tinajas y la fruta ya esta-

ban dentro de la casa. Estaban los dos solos en la terraza. «Marco», repitió Leola, esta vez melosa. Él volvió la cabeza para mirarla, y a mí no me habría gustado ser el destinatario de esa mirada: desdeñosa, enojada; muy distinta de la complacencia que ella esperaba. Se dirigió a la verja para cerrarla, y se alejó. Las dependencias de los esclavos estaban al final del jardín. Tomó su fardo y echó a andar, decidido, hacia donde iba a pasar la noche. «Marco», suplicó ella. Parecía a punto de romper a llorar. El joven se disponía a entrar en las dependencias masculinas; ella llegó hasta él cuando desaparecía tras la puerta.

No tuve necesidad de observar más. Sabía que Leola encontraría un pretexto para quedarse a esperarlo en el patio; tal vez acariciando y mimando a los bueyes, dándoles higos o simulando la atención que tanto requerían. Estaría aguardándolo. Yo sabía que él pretendía salir con los demás muchachos en busca de diversión nocturna; no visitaba a menudo una casa en plena Roma. Pero también sabía que ambos pasarían juntos la noche, sin que importara lo que él prefiriese.

Esta breve escena, a mis ojos, compendia una verdad sobre las relaciones entre hombres y mujeres.

Con frecuencia, al percibir algo como una revelación mientras observaba la vida de la casa, me sentía impelido a dirigirme a la habitación donde guardaba ese inmenso volumen de información sobre el que supuestamente estaba trabajando. Hacía años que la poseía. Otros antes de mí habían declarado su intención de interpretarla.

¿De qué se trataba? Era un montón de material acumulado durante siglos, en su origen una historia oral, una parte de la cual se transcribió tiempo después, con el propósito de ocuparse del más temprano de nuestros testimonios, las gentes de nuestra tierra.

Era un material arduo y renuente que había derrotado a más de un ilusionado historiador, y no sólo por su dificultad, sino por su misma naturaleza. Cualquiera que tra-

baje sobre él debe saber que si algún día llegara a dotarlo de una forma que pudiera recibir un nombre, y presentarlo como un producto de la erudición, el resultado sería atacado, desafiado y tal vez calificado de espurio.

No soy una persona que disfrute con las disputas entre intelectuales. El tipo de hombre que yo sea no tiene la menor importancia en este debate; se ha discutido ya sobre si debía permitirse la existencia de esta fábula más allá de las polvorientas estanterías donde siempre se ha conservado. *La Grieta* –no fui yo quien escogió el título– se consideró tan subversiva que en varias ocasiones quedó arrumbada junto con otros documentos «estrictamente confidenciales».

Tal como he dicho, la historia que estoy relatando se basa en documentos muy antiguos, que a su vez se remontan a testimonios orales aún anteriores. Algunos de los acontecimientos que se refieren son desabridos y pueden llegar a disgustar a ciertas personas. Puse a prueba una selección de fragmentos de la crónica con mi hermana Marcela, y ésta se escandalizó. No podía creer que mujeres decentes hubiesen sido crueles con los preciosos bebés varones. Mi hermana siempre está dispuesta a atribuirse los más delicados de los atributos femeninos; un rasgo nada insólito, creo yo. Pero tal y como le recordé, quien la haya visto gritando con fervor cuando la sangre manaba en la palestra no resultará nada fácil de convencer acerca de la escrupulosidad femenina. Aquellos que quieran evitar que su sensibilidad se vea herida, deberían empezar la historia en la página 40.

Lo que sigue no es el primer fragmento que poseemos de la historia, pero resulta informativo y por eso lo coloco en primer lugar.



aguila

«Sí, ya lo sé», repites sin cesar, pero no comprendes que lo que ahora digo no puede ser cierto porque te estoy contando cómo entiendo todo aquello en estos momentos, mientras que entonces era muy diferente. Incluso las palabras que empleo son nuevas, no sé de dónde provienen, a veces parece que la mayoría de las palabras que salen de nuestras bocas forman parte de esta nueva manera de hablar. Digo yo, y otra vez yo, yo hago esto y yo pienso lo otro, pero *entonces* no habríamos dicho yo: se trataba del nosotros. Nosotras pensábamos en nosotras.

Digo *pienso*, pero ¿pensábamos entonces? Tal vez surgiera un nuevo modo de pensamiento, y de todo lo demás, cuando empezaron a nacer los monstruos. Lo siento, has dicho que querías oír la verdad y así es como os veíamos a todos vosotros al principio. Monstruos. Deformes, raros, lisiados.

¿Cuándo tuvo lugar aquel momento? No lo sé. *Aquel momento* fue hace mucho tiempo, es lo único que sé.

Las cuevas son antiguas. Vosotros las habéis visto. Son cuevas antiguas. Están en lo alto de las rocas, más allá del alcance de cualquier ola, incluso de las grandes, incluso de las mayores. Ante el mar tormentoso puedes permanecer en los acantilados y mirar hacia abajo y pensar que el agua lo es todo, está en todas partes, pero entonces la tormenta amaina y el mar se acomoda. No tememos al mar. Somos gente de mar. El mar nos creó. Nuestras cuevas son cálidas y secas, con suelos de arena, y ante cada una arden los fuegos y se secan las algas y la madera de los acantilados, y estos fuegos no se han extinguido nunca desde que los prendimos. Hubo un tiempo en que no teníamos fuego. Consta en nuestros archivos. Conocemos nuestra historia. Se la cuentan a los jóvenes escogidos y ellos tienen que recordarla y transmitirla cuando son ancianos a los nuevos jóvenes. Deben estar seguros de que recuerdan cada palabra tal y como la escucharon.

Lo que ahora estoy explicando no es parte de ese tipo de testimonio. Cuando se cuenta la historia a los jóvenes –tienen un nombre, se los denomina «los guardianes de la memoria»– primero se expone entre nosotros, y uno dirá «No, no fue así», y otro «Sí, así fue», y en el momento en que todo el mundo está de acuerdo podemos estar seguros de que la historia no contiene ninguna falsedad.

¿Queréis saber de mí? De acuerdo. Mi nombre es Maira. Siempre hay alguien que se llama Maira. Nací en el seno de la familia de las Guardianas de la Grieta, como mi madre y la madre de mi madre; estas palabras son nuevas. Si todo el mundo da a luz en cuanto cumple la edad suficiente, sólo hay madres, y por eso no existe la necesidad de decir «madre». La familia de las Guardianas de la Grieta es la más importante. Debemos custodiar la Grieta. Cuando la luna está en su punto más alto y resplandeciente, escalamos la Grieta hasta donde crecen las flores rojas, las cogemos, de modo que hay mucho rojo, y dejamos que el agua mane desde el manantial hasta allí, y el agua arrastra las flores por la Grieta, desde la cima hasta la base, y la sangre fluye en todas nosotras. Es decir, en todas aquellas que no van a dar a luz. De acuerdo, según vosotros lo veis, los rayos de la luna hacen que la sangre fluya, no el rojo deslizándose por la Grieta. Pero nosotras sabemos que si no cogemos las flores rojas, que son pequeñas y suaves como las burbujas de las algas, y sangran rojo si las estrujas, si no lo hacemos, no recibiremos nuestro flujo.

La Grieta es esa roca de ahí, pero no indica la entrada a la cueva, es ciega, y es lo más importante de nuestras vidas. Siempre ha sido así. Somos la Grieta, la Grieta es nosotras, y en todo momento nos hemos encargado de que esté libre de los arbustos que crecen junto a los árboles, libre de matas. Es un corte limpio que atraviesa la roca y en lo más hondo del cual se abre un agujero profundo, un abismo. Cada año, cuando el sol acaricia la cima de esa montaña, llega la estación fría, y ya hemos sacrificado a

una de las nuestras y hemos arrojado el cuerpo al orificio desde lo alto de la Grieta. Vosotros decís que habéis contado los huesos, pero no entiendo cómo podéis haberlo hecho si muchos ya se han convertido en polvo. Vosotros decís que si cada año despeñamos un cuerpo y sus huesos, no resulta difícil calcular desde cuándo se viene haciendo. Bien, si consideraréis que eso es lo importante...

No, no puedo explicar cómo comenzó todo. No está en nuestra historia.

Las féminas ancianas debían de saber algo al respecto.

Nunca las habíamos denominado así antes de que comenzaran a nacer los monstruos. ¿Por qué tendríamos que haberlo hecho? Sólo había féminas, ¿o acaso no era así?; sólo las grietas, y en lo que se refiere a *ancianas* no pensábamos en esos términos. La gente nacía y vivía un tiempo, a no ser que se ahogara nadando o tuviera un accidente o fuese elegida para ser arrojada a la Grieta. Cuando moría, se la depositaba en la Roca de la Muerte.

No, no sé cuántas éramos por aquel *entonces*. Cuando quiera que fuera entonces. Existen estas cuevas, tantas como los dedos que tengo en mis manos y pies, y son grandes y se adentran un gran trecho en los acantilados. Cada cueva alberga al mismo tipo de gente, a una familia, las Guardianas de la Grieta, las Pescadoras, las Tejedoras de redes, las Curtidoras de piel de pescado, las Recolectoras de algas. Así es como nos llamábamos. Mi nombre era Guardianas de la Grieta. No, por qué iba a importar que más de una persona tuviera el mismo nombre. Es suficiente con que mires a quien te diriges, ¿no?

Mi nombre, Maira, es una de las nuevas palabras.

No nos gustaba, no, no nos gustaba que cada persona tuviese que tener un nombre distinto. A veces creo que vivíamos una suerte de ensoñación, una quimera, todo era pausado y tranquilo y nunca sucedía nada salvo la luna, resplandeciente y grande, y las flores rojas que regaban la Grieta.

Y, por supuesto, el nacimiento de las criaturas. Simplemente nacían, eso es todo, nadie hacía nada para concebirlas. Creo que pensábamos que eran obra de la luna, o de un gran pez, pero resulta difícil recordar qué pensábamos, aquello parece un sueño. El modo en que pensábamos nunca fue parte de nuestra historia, tan sólo lo son los hechos.

Os enfadáis cuando os llamo monstruos, pero basta con que os miréis. Miraos. Y miradme. Vamos, mirad. No llevo puesto el cinturón de flores rojas, así que podéis ver cómo soy. Ahora mirad la Grieta, somos iguales: la Grieta y las grietas. No me extraña que os cubráis allí, pero nosotras no tenemos la necesidad de hacerlo. Es agradable observarnos, como a una de esas conchas que podemos coger de una roca después de la tormenta. Bellas. Vosotros nos enseñasteis esa palabra y me gusta usarla. Soy bella, como la Grieta con sus preciosas flores rojas. Pero vosotros sois sólo bultos y protuberancias, con esa cosa como una trompa que a veces parece una ascidia. ¿Podéis imaginaros que cuando nacieron las primeras criaturas como vosotros nos deshicimos de ellas entregándolas a las águilas?

Siempre dejábamos a las criaturas deformes allí, sobre esa roca, la roca sesgada que está justo pasada la Grieta. Una vertiente de la Grieta queda por encima de la Roca de la Muerte, sí, así es como la llamábamos. No criábamos a los bebés enfermos ni a los gemelos. Nos ocupábamos de controlar el número de nuestra población, porque era mejor así. ¿Por qué? Porque siempre había sido así y nunca se nos ocurrió cambiar las cosas. No había muchos nacimientos, tal vez dos o tres por cueva cada mucho tiempo, y a veces había cuevas sin bebé. Por supuesto nos alegra que nazca una criatura, pero si acogiéramos a todas las que nacen no habría espacio suficiente. Sí, lo sé, creéis que deberíamos buscar un terreno un poco más grande, pero

siempre hemos estado aquí. ¿Cómo podríamos irnos de la Grieta? Éste es nuestro lugar, siempre ha sido nuestro.

Cuando expulsábamos a las criaturas deformes, las águilas venían por ellas. Nosotras no las matábamos, sino estas aves. Un águila acecha desde esa cima; ¿podéis verla? Esa pequeña mancha es un águila enorme, del tamaño de una persona. Colocábamos allí a todos los monstruos recién nacidos y observábamos a las águilas mientras alababan el vuelo con ellos hacia sus nidos. Esa época se prolongó, y la razón por la que se prolongó fue que las féminas ancianas (como vosotros las llamáis) estaban preocupadas porque cada vez éramos menos en las cuevas; habían nacido muchos monstruos, más que criaturas como nosotras, las féminas.

Varones, féminas. Palabras nuevas, gente nueva.

Y así fue durante mucho tiempo: en vez de esperar con ilusión cada nacimiento estábamos preocupadas, y cuando una de nosotras descubría que la criatura era un monstruo se avergonzaba, y el resto la odiaba. No para siempre, está claro, pero cuando aparecía un monstruo al dar a luz era terrible. Cada vez éramos menos para pescar y recolectar algas. Las féminas ancianas se quejaban de que no tenían comida suficiente. Sí, siempre las alimentábamos y les ofrecíamos las porciones más sabrosas. No sé por qué, simplemente lo hacíamos. De pronto, el número de gente en la cueva de las pescadoras se redujo a la mitad, y algunas tuvieron que convertirse en pescadoras.

Estoy de acuerdo, era extraño que nunca nos preguntáramos qué sucedía en el otro lado, en las montañas de las águilas. Vosotros siempre habláis como si fuéramos estúpidas, pero si somos tan estúpidas, ¿cómo es que hemos vivido tanto tiempo a salvo y confortablemente, mucho más que vosotros, los monstruos? Nuestra historia se remonta atrás, muy atrás, vosotros mismos lo decís, y vuestra historia es mucho más breve. Pero ¿por qué tendríamos que habernos trasladado y explorado cosas nuevas, o